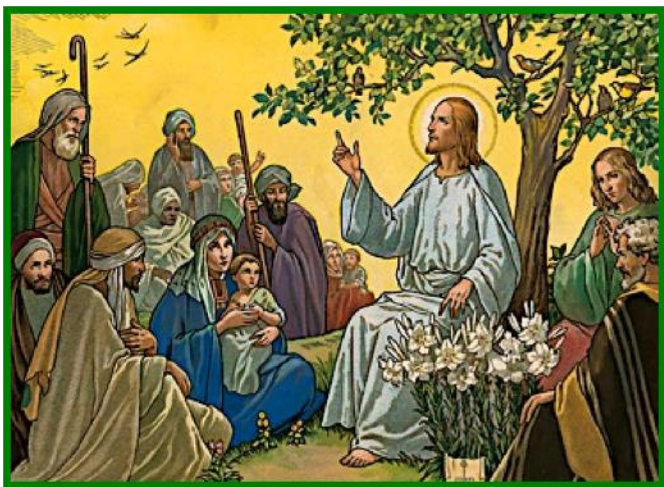


VIII Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo A

· Mt. 6, 24-34 ·



En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y amará al otro, o bien obedecerá al primero y no le hará caso al segundo. En resumen, no pueden ustedes servir a Dios y al dinero.

Por eso les digo que no se preocupen por su vida, pensando qué comerán o con qué se vestirán. ¿Acaso no vale más la vida que el alimento, y el cuerpo

más que el vestido? Miren las aves del cielo, que ni siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros y, sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿Acaso no valen ustedes más que ellas? ¿Quién de ustedes, a fuerza de preocuparse, puede prolongar su vida siquiera un momento? ¿Y por qué se preocupan del vestido? Miren cómo crecen los lirios del campo, que no trabajan ni hilan. Pues bien, yo les aseguro que ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vestía como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy florece y mañana es echada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, hombres de poca fe?

No se inquieten, pues, pensando: ¿Qué comeremos o qué beberemos o con qué nos vestiremos? Los que no conocen a Dios se desviven por todas estas cosas; pero el Padre celestial ya sabe que ustedes tienen necesidad de ellas. Por consiguiente, busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se les darán por añadidura. No se preocupen por el día de mañana, porque el día de mañana traerá ya sus propias preocupaciones. A cada día le bastan sus propios problemas».

LA CONFIANZA QUE NOS LIBERA Y DA PAZ

En el evangelio de este domingo, san Mateo nos presenta a Jesús advirtiéndolos a sus discípulos sobre los peligros que amenazan su relación con Dios. El interés del Señor se centra en la enseñanza de lo esencial, de lo básico, de lo que no puede faltar a quien está llamado a convertirse en un verdadero discípulo.

Jesús conoce perfectamente la naturaleza humana, no la conoce de oídas, ni por el conocimiento que como Hijo de Dios tiene, sino por su propia experiencia humana. Él mismo sabe que el corazón de los hombres cuando está dividido no es libre, y no siendo

libre no puede alcanzar las alturas de su verdadera naturaleza y plenitud. Su palabra siempre es palabra que libera, es palabra que con sinceridad y certeza ilumina las realidades terrenas a las que todos los hombres estamos expuestos.

El dinero y los bienes materiales no son malos en sí mismos, sin embargo cuando el corazón se llena de su avidez, cuando los ambiciona centrando toda su atención en poseerlos, los hombres se pierden haciéndose esclavos de lo material. Y es entonces que su confianza se abarata, se hace dependencia de lo que se posee y no de lo que trasciende.

La propuesta del Señor es sencilla, contemplar las maravillas de la creación y descubrir en ellas la intervención generosa de Dios que las sustenta con amor y sin tardanza. El ejemplo propuesto por Jesús es bastante claro, las necesidades de los pájaros y de los lirios del campo son satisfechas con amor y generosidad a pesar de ser creaturas fugaces y sin trascendencia.

Es así que el Señor Jesús nos impulsa a transformar nuestra confianza y reorientarla a quien es verdaderamente digno de ella: Dios nuestro Padre. Solamente Él, sabe cuales son nuestras verdaderas necesidades y contemplándonos con amor nos las resuelve, no siempre de la manera que nosotros queremos, pero si de una manera cierta y eficaz.

¡Cuánta necesidad tenemos de liberarnos de la autosuficiencia y del engaño de necesidades superfluas! ¡Cuanta paz y tranquilidad, nos es robada por la ansiedad que provocan necesidades creadas por esta sociedad que se encuentra esclava del poseer!

El materialismo contemporáneo da como resultado esa ansiedad del poseer, que no sólo nos niega la paz en el día que hoy estamos viviendo, sino que nos lanza con incertidumbre hacia el futuro, haciéndonos creer que lo importante está allá en lo que todavía no es.

El evangelio de este domingo es un fuerte llamado a renovar nuestra confianza en Dios, y a centrarnos en no perderla de vista, ya que es cierta su presencia y providencia. Jesús nos invita a descubrir que aunque nosotros no lo aceptemos, ni lo veamos, nos encontramos todos resguardados en las bondadosas manos de Dios. Solamente convencidos de esto podremos vivir con entera libertad y confianza en lo cotidiano.

También es un llamado a que estando convencidos de su asistencia amorosa, prioricemos en nuestra vida el vivir comprometidamente la justicia de su Reino, convirtiendo decididamente nuestro corazón hacia aquello que es verdadero, justo y bueno. Así la generosidad que Dios tiene con nosotros, dará frutos de justicia en el mundo, a través de la vida y testimonio de cada uno.

Pidámosle a Dios nuestro Padre, que nos ilumine con la gracia del Espíritu Santo, para que renunciando a todo aquello que nos hace dudar de su asistencia, optemos por abandonarnos con renovada confianza y fe en su amor providente y así nos convirtamos en verdaderos signos del Reino de justicia que nos ha sido anunciado por el Señor Jesús.

¡Alabado sea el nombre de Jesús!

Pbro. Eliezer Israel Sandoval Espinoza

Arquidiócesis de Monterrey, México

twitter: @padre_eliezer